

100

101

102

103

104

105

106

107

108

109

110

111

112

113

114

115

116

117

118

119

120

121

122

123

124

125

126

127

128

129

130

131

132

133

134

135

136

137

138

139

140

141

142

143

144

145

146

147

148

149

150

151

152

153

154

155

156

157

158

159

160

161

162

163

164

165

166

167

168

169

170

171

172

173

174

175

176

177

178

179

180

181

182

183

184

185

186

187

188

189

190

191

192

193

194

195

196

197

198

199

200

201

202

203

204

205

206

207

208

209

210

211

212

213

214

215

216

217

218

219

220

221

222

223

224

225

226

227

228

229

230

231

232

233

234

235

236

237

238

239

240

241

242

243

244

245

246

247

248

249

250

251

252

253

254

255

256

257

258

259

260

261

262

263

264

265

266

267

268

269

270

271

272

273

274

275

276

277

278

279

280

281

282

283

284

285

286

287

288

289

290

291

292

293

294

295

296

297

298

299

300

301

302

303

304

305

306

307

308

309

310

311

312

313

314

315

316

317

318

319

320

321

322

323

324

325

326

327

328

329

330

331

332

333

334

335

336

337

338

339

340

341

342

343

344

345

346

347

348

349

350

351

352

353

354

355

356

357

358

359

360

361

362

363

364

365

366

367

368

369

370

371

372

373

374

375

376

377

378

379

380

381

382

383

384

385

386

387

388

389

390

391

392

393

394

395

396

397

398

399

400

401

402

403

404

405

406

407

408

409

410

411

412

413

414

415

416

417

418

419

420

421

422

423

424

425

426

427

428

429

430

431

432

433

434

435

436

437

438

439

440

441

442

443

444

445

446

447

448

449

450

451

452

453

454

455

456

457

458

459

460

461

462

463

464

465

466

467

468

469

470

471

472

473

474

475

476

477

478

479

480

481

482

483

484

485

486

487

488

489

490

491

492

493

494

495

496

497

498

499

500

501

502

503

504

505

506

507

508

509

510

511

512

513

514

515

516

517

518

519

520

521

522

523

524

525

526

527

528

529

530

531

532

533

534

535

536

537

538

539

540

541

542

543

544

545

546

547

548

549

550

551

552

553

554

555

556

557

558

559

560

561

562

563

564

565

566

567

568

569

570

571

572

573

574

575

576

577

578

579

580

581

582

583

584

585

586

587

588

589

590

591

592

593

594

595

596

597

598

599

600

601

602

603

604

605

606

607

608

609

610

611

612

613

614

615

616

617

618

619

620

621

622

623

624

625

626

627

628

629

630

631

632

633

634

635

636

637

638

639

640

641

642

643

644

645

646

647

648

649

650

651

652

653

654

655

656

657

658

659

660

661

662

663

664

665

666

667

668

669

670

671

672

673

674

675

676

677

678

679

680

681

682

683

684

685

686

687

688

689

690

691

692

693

694

695

696

697

698

699

700

701

702

703

704

705

706

707

708

709

710

711

712

713

714

715

716

717

718

719

720

721

722

723

724

725

726

727

728

729

730

731

732

733

734

735

736

737

738

739

740

741

742

743

744

745

746

747

748

749

750

751

752

753

754

755

756

757

758

759

760

761

762

763

764

765

766

767

768

769

770

771

772

773

774

775

776

777

778

779

780

781

782

783

784

785

786

787

788

789

790

791

792

793

794

795

796

797

798

799

800

801

802

803

804

805

806

807

808

809

810

811

812

813

814

815

816

817

818

819

820

821

822

823

824

825

826

827

828

829

830

831

832

833

834

835

836

837

838

839

840

841

842

843

844

845

846

847

848

849

850

851

852

853

854

855

856

857

858

859

860

861

862

863

864

865

866

867

868

869

870

871

872

873

874

875

876

877

878

879

880

881

882

883

884

885

886

887

888

889

890

891

892

893

894

895

896

897

898

899

900

901

902

903

904

905

906

907

908

909

910

911

912

913

914

915

916

917

918

919

920

921

922

923

924

925

926

927

928

929

930

931

932

933

934

935

936

937

938

939

940

941

942

943

944

945

946

947

948

949

950

951

952

953

954

955

956

957

958

959

960

961

962

963

964

965

966

967

968

969

970

971

972

973

974

975

976

977

978

979

980

981

982

983

984

985

986

987

988

989

990

991

992

993

994

995

996

997

998

999

1000

Mia
La perdición de una Sabello

MIA

LA PERDICIÓN DE UNA SABELLO
VOL.2

ANGY SKAY



Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Angy Skay 2025

© Entre Libros Editorial LxL 2025

www.entrelibroseditorial.es

04240, Almería (España)

Primera edición: enero 2025

Composición: Entre Libros Editorial

ISBN: 979-13-87621-03-2

Depósito legal: AL-4246-2024

Impreso en España - *Printed in Spain*

*Cuando un payaso se muda a un palacio
no se convierte en rey.
El palacio se convierte en un circo.*

Proverbio turco

*Tu mano se alzará contra tus adversarios,
y todos tus enemigos serán exterminados.*

Miqueas 5, 10-8

*Las cosas que dan más miedo
son las más grandes en tu vida.*

Angy Skay

LISTA DE CANCIONES

Escucha las canciones que han formado parte de esta historia mientras se escribía. En el siguiente QR encontrarás todas las actualizaciones de la trilogía Romeo.



1

DESESPERACIÓN

MIA SABELLO



Corría.

Con el corazón en la garganta, corría mientras veía el humo negro que llenaba Roma. Al salir de la iglesia, la lluvia se había detenido.

Me había largado del sitio sagrado con una urgencia desmedida cuando Nicola intentó llevarme con él quince minutos después de que Lorenzo se marchara. Allí nos habíamos quedado los cuatro discutiendo cuál era el plan, aunque en realidad quienes llevaban la batuta de la situación eran mi padre y mi hermano. Evidentemente, yo era el cebo más válido de la historia, y me oprimió el pecho saber que el pacto antes de matar a mi piccolo era sacarle a golpes la cuenta que había creado para mí.

Buscaba en mi cabeza la excusa para no irme con Nicola cuando una explosión impresionante hizo retumbar los vitrales de la iglesia y la gente comenzó a gritar en la calle. Eso bastó para que saltara

el banco y acelerara en dirección a la salida, escuchando las voces de mi progenitor a mi espalda. ¿Qué había ocurrido?

Y lo vi.

Era el Vietato lo que ardía.

Y Romeo estaba allí.

Me detuve solo unos segundos al final de la Piazza Navona, en la salida por donde se llegaba al local. Solo eran cinco minutos los que tardaría corriendo, a toda mecha, sin interrupciones, pero llegaría aunque no estuviera cerca.

—¡Miaaa! —Nicola berreó mi nombre a pleno pulmón en la puerta de la iglesia.

Me giré una sola vez para ver su desquiciante mirada, su mentón ovalado, su obsesión por mí y la desesperación al ser consciente de que me perdía de nuevo y no conseguiría clavarme las garras. Elevó un dedo en el aire, como si yo fuera un perro y estuviera indicándome que debía regresar con su dueño. Desde lejos, tan valiente como era, le saqué el dedo corazón justo cuando mi padre y Greta se colocaron a su lado, esta última meneando la cabeza en señal de que yo estaba perdida y era indomable.

Me palpitaba el corazón cuando Nicola estaba cerca, sí, pero eso no quería decir que no sacara las fuerzas de donde no las tenía para plantarle cara, pese a que el miedo algunas veces me paralizara. Debía superar aquella barrera, pero... ese día no era el momento. No lo era porque algo cambió.

Que corrió con cara de asesino detrás de mí.

Abrí los ojos como platos, con el corazón latiéndome con mucha fuerza y el sonido sordo en el tímpano. Pum, pum. Pum, pum. Pum, pum. Una última bocanada de aire y ni siquiera fui consciente del momento en el que mis pies se pusieron en funcionamiento y corrieron como si fuera una atleta golpeando a la gente que se aglomeraba en mi camino para ver cómo las impresionantes llamaradas se alzaban en el cielo.

No volví la vista atrás ni una sola vez.

«Dios mío, por favor, cuídalo. Que esté bien, que esté bien, que esté bien...», me repetí como un mantra, creyéndomelo, deseándolo con una fuerza infinita y sin quitarme sus ojos de la cabeza.

—¡¡Miiiiaaa!! —Los pies me quemaban. Lo sentía cerca—.
¡¡¡Miiiiaaa!!!

Era el rugido de un demonio vengativo, de alguien que tenía ganas de destrozarme, de arrancarme la vida a mordiscos y de hacerme cosas indecentes. Ni siquiera quería pensarlo.

Apreté la marcha, sintiendo que un pinchazo me atravesaba un lado de la cadera debido al esfuerzo. No me detuve, incluso cuando noté que las fuerzas me fallaban. No podía permitirme el lujo de trastabillar, o Nicola me cazaría.

Salté por encima de un coche al cruzar la carretera, sin mirar. El autobús que venía justo detrás y me adelantaba no me arrolló, pero sí frenó el avance de Nicola y sonreí victoriosa. Crucé el puente y vi que el Vietato estaba a tan solo unos metros.

«Ya llego», le dije al viento, deseando que Romeo estuviera en la puerta del local y pudiera detener lo que Lorenzo pensaba hacerle. Aceleré, presa del pánico cuando una mano me rozó. Fue un segundo, una milésima en la que identifiqué que Nicola me había alcanzado, no sabía cómo. La vida volvió a ponerme en el camino a un grupo de turistas chinos entre los que me metí de un salto, esquivándolos después.

Corrí y corrí sin aire, sin fuerzas para seguir, y llegué a la masa de humo negro rodeado de luces azules de la policía y de los bomberos. Al fondo atisé el coche de Dante, y a él con una mano en la cabeza, con un gesto de dolor en el rostro y gritándole a sus hermanos Claudio y Valentino.

Y se me abrió el cielo cuando los vi, porque eran mi salvación.

Tan ensimismada iba en intentar llegar hasta ellos que no pensé que gritarles sería una opción para llamar su atención y que me

ayudaran, algo que no sabía si querrían. Preparando mis pulmones andaba cuando los ojos de Dante se volvieron hacia mí, como si me hubiera escuchado por telepatía. A punto de alcanzarlos, alguien me sostuvo de los brazos y detuvo mi carrera en seco.

—¿Adónde te crees que vas?

Histérica porque Nicola estaba a solo unos pasos de distancia, agarré las solapas del tipo guapo, arrogante y descarado que me había pillado en volandas y le supliqué agitada:

—¡No dejes que me coja! ¡Por lo que más quieras, no lo hagas!

Sus ojos, esos del color de la miel como los de algunos de sus hermanos, me observaron desconfiados. Fue su mirada en dirección a algo situado a mi espalda la que me indicó que alguien más formaba parte de esa decisión. Cuando me giré lo que pude para ver de quién se trataba, me encontré con Enzo.

Aguanté el aire al ver que mi hermano frenaba su carrera con una sonrisa triunfal en los labios, como si supiera de antemano que había cazado al ratón. Y tuve tantas y tantas ganas de llorar que un sollozo escapó de mi garganta de manera involuntaria. Lo escucharon los dos Sabello.

A lo lejos se oyó un forcejeo. Era como si Dante —lo supe por las quejas que se traía— intentara apartarse de los otros hermanos. Yo no podía desviar la atención del ser despreciable que elevaba una mano en señal de que ya podía irme con él.

La vida volvió a sorprenderme.

—Ya puedes entregármela, Piero —le solicitó jadeante.

El que ya era mi cuñado me soltó poco a poco, y sin siquiera darme cuenta del momento en el que aquello había ocurrido, me encontré cercada por tres tíos. Piero me ocultaba tras la mitad de su espalda; Enzo estaba pegado a su hermano, con la pistola en la mano e intimidante, y Dante apareció por el otro extremo de Piero para colocarse a su lado.

Estaban protegiéndome de algo que ni sabían.

O quizá lo sabían pero no tenían ni idea de hasta qué punto.

—Creo que te has equivocado de dirección —apuntó Piero inflexible.

Nicola rio mientras se acercaba mucho a él y me miró por el único hueco que había dejado el armazón en el que se habían convertido los Sabello.

—Mia, vámonos —me ordenó.

Di un paso hacia atrás, desesperada por encontrar a Romeo. ¿Por qué no estaba allí?

Mis ojos se fueron al interior del Vietato, que ardía sin parar. Alguien se pegó a mi espalda. Cuando giré el rostro, me encontré con el titán de Valentino y su cara de malas pulgas. Claudio llegaba a su lado también, aunque este con el gesto fiero que portaban todos los Sabello.

—No se va a ningún sitio contigo porque resulta que tú no eres su marido.

Mi hermano rio con sarcasmo, tratando de amedrentarlo.

—¿Y dónde está su marido, supuestamente?

Fue una burla en toda regla. Pensé que, al tratarse del abogado de la familia, Piero tendría los pies sobre la tierra y no se dejaría llevar por los impulsos. Pero no, me equivoqué, como cada vez que intentaba suponer cómo era cada uno de ellos. Sacó la pistola en un visto y no visto, le quitó el seguro y apuntó a la cabeza de mi hermano.

Deseé que lo matara con todas mis fuerzas. Sin embargo, fue solo durante el instante en el que vi que la policía y los bomberos se encontraban a unos metros de distancia y que podrían verlos si llamaban la atención. Nicola parecía nervioso.

—¿Te sirve esto como respuesta? —inquirió Piero.

Mi hermano me contempló con los ojos muy abiertos.

—¿Mia?... —Buscó ayuda en mí.

Yo me pegué más al costado de Valentino, a quien escuché resoplar por lo bajo, como si mi presencia lo molestara. Pero el tío no me apartó; al contrario, pareció querer ocultarme.

—Te he hecho una pregunta —insistió el Sabello.

El cañón rozó la frente de Nicola, así que no le quedó más remedio que atender a Piero. O eso, o sus sesos peligrarían. A mí, los nervios estaban comiéndome por dentro porque el pensamiento fugaz de que Romeo estaba en el Vietato me colapsó la mente.

—No —me dijo Claudio por lo bajo. No quise mirarlo, pero sí sentí que me quedaba sin respiración. ¿No qué? ¿Había llegado tarde?

Pum, pum. Pum, pum. Pum, pum.

Tenía que correr al interior, atravesar las llamas, buscarlo, sacarlo como fuera y...

—Sí —le contestó a regañadientes mi hermano, sacándome de mis planes alocados—. Me sirve como respuesta. —Apretó la mandíbula visiblemente, y antes de darse la vuelta, dijo con conocimiento algo que no comprendí—: Nos vemos esta noche, *hermanita*. Renato no está.

Tardó muy poco en desaparecer en medio de la multitud, sin mirar atrás ni una sola vez. Aquello me produjo un mareo, y sin ser consciente me había quedado en medio del círculo que formaban aquellos hombres, estática y sin saber qué hacer.

«Piensa, piensa, piensa», me dije acelerada, olvidando que esa noche no tendría lugar en Roma donde esconderme porque Renato no estaba. ¿Y dónde estaba mi hermano?, ¿dónde estaba Romeo? ¡Oh, mierda, Romeo! Abrí la boca para coger aire, pero antes de que me diera tiempo ni a respirar oí la ruda pregunta de Valentino de fondo, porque yo ya corría hacia el local:

—¿Piensas abrir la boc...?

—¡Mia! ¡Mia! ¿Adónde vas? —me gritó Enzo, claramente exaltado.

Aceleré sin importar que me quemara en el proceso, creyendo que podría atravesar las llamas como si fueran agua y teniendo a mi piccolo en la mente, tan clavado que dolía.

—¡Romeo! —sollocé, viendo que el fuego devoraba la entrada. Fue un susurro que casi amortigué por las lágrimas apelonadas en mis ojos y el nudo en la garganta.

—¡Mia! ¡Mia! —Esa vez, la llamada de atención fue de Piero.

Unos fuertes brazos me elevaron en el aire para detener mi intento de llegar al local y pataleé, con la respiración entrecortada, las terminaciones nerviosas alteradas y queriendo soltarme de esas manos que tan bien conocía.

—¡Romeo! ¡Romeo! —vociferé en bucle, notando que las mejillas me ardían y se me llenaban de lágrimas.

Sentí su boca muy cerca de mi oído mientras forcejeaba con él, sin que nadie se interpusiera entre nosotros, y me detuve en seco al escucharlo decir:

—No está ahí dentro. —Detuve el movimiento de mis piernas y mis gritos, que provocaron que los efectivos de la policía y algunos bomberos me miraran. Al girarme, me encontré con el rostro de Enzo a medio centímetro. Miró mis labios un segundo y añadió con aplomo—: Mi hermano no está ahí dentro.

Había llegado tarde.

Lorenzo se lo había llevado y...

¡Dios! Me zafé de las manos de Enzo con urgencia, retrocedí sobre mis pasos como una demente y les pedí, atacada de los nervios, con las manos temblando y el corazón a mil por hora:

—¡Dadme un teléfono! —Los miré a todos, pero nadie se movió—. ¡¡Joder, dadme un puto teléfono!!

El bramido sirvió para algo mientras me limpiaba las lágrimas a manotazos y veía de reojo el gesto confuso del resto de los hermanos. Supe inmediatamente que se debía al acercamiento de Enzo,

a su mirada, a la manera de sujetarme. «Mierda», pensé, sin saber cómo iba a salir de esa situación.

Dante fue el primero en tenderme el móvil, aunque me advirtió:
—Romeo no lleva el teléfono encima. Lo tengo yo.

La cabeza iba a estallarme y solo conseguí decir palabras incoherentes bajo la expectación de todos, que me observaban como si se me hubiera ido la cabeza.

—Si Renato no está conmigo, es por un motivo de peso. —Me sentí mal por lo que había pensado respecto a su abandono—. Él lo sabía. Lo sabía y no le ha dado tiempo a decirme nada... —murmuré, trasteando el teléfono de Dante como una experta.

—¿El qué no ha podido decirte? —me preguntó Claudio determinante.

No era un hacha con la informática, pero mis truquitos había aprendido de mi hermano, pues él sí tenía conocimientos. Hablaba en murmullos como una desquiciada, sin recordar que tenía a cinco tíos como moscas mirándome. Bueno, no a todos en realidad, porque Valentino daba órdenes al teléfono a no sabía quién, y el de Claudio no dejaba de sonar de manera insistente.

—¡Mia! —El rugido proveniente de Dante me hizo mirarlo de sopetón.

Con la mano temblorosa y sin ocultarlo, levanté el dispositivo y se lo enseñé, indicándole también un punto en mi muñeca derecha, por debajo. Era un localizador que Renato llevaba en un tatuaje, idéntico al mío. Un punto que parecía un lunar. Y lo habíamos hecho por la sencilla razón de tenernos ubicados siempre. De hecho, ese tatuaje llevaba el cacharro incrustado en la piel.

El puntito rojo del teléfono no se movió.

—¿Me estás diciendo... —comenzó Piero, sin creérselo— que lleváis un puto chip como los perros?

Asentí sin articular una palabra ni darle una explicación más amplia. La mirada que lancé al vacío, justo por donde Nicola se había marchado, sirvió.

Valentino me arrancó el teléfono de las manos sin delicadeza.

—¿Aquí está tu hermano? —me espetó con tono duro, enseñándome el punto rojo, y asentí de nuevo.

—¿Y eso quiere decir que crees que Romeo está con él?, ¿que se lo ha llevado tu hermano? —inquirió Enzo.

Me apresuré a sacarlo de su error:

—No, no. —Elevé las manos, pidiendo con ello espacio porque cada vez estaban más cerca—. Tengo la sospecha de que Renato sabía que iban a venir a por Romeo.

Valentino torció la cabeza de forma muy intimidante.

—No te entiendo.

Todos me miraban.

Todos me juzgaban.

Todos me señalaban sin hablar.

Y yo temblaba, aunque no quisiera demostrarlo.

—¿Podemos ir a un lugar más privado?

Mi pregunta cayó como un jarro de agua fría. Vi los dientes apretados del mastodonte de Valentino, el humo comenzando a salir por la cabeza de Enzo, a Dante conteniendo unos instintos asesinos y a Claudio... Ese daba mucho miedo, y encima fue el que habló:

—Vamos a ver, Mia... —hizo una pausa en la que me sentí ridícula con aquella ropa deportiva de color azul bebé, rodeada de tanto tío macizo y malhumorado, pero lo sorteé como bien sabía: alzando el mentón—, o me dices qué es lo que sabes aquí, o...

Había visto el filo de una navaja salir de la chaqueta de Claudio, pero alguien tuvo la decencia de darme un voto de confianza. Y, para mi sorpresa, volvió a ser el niño guapo:

—¿Y si vamos al despacho de papá? Ahí podremos centrarnos mejor —terció Piero, con la mano en alto hacia su hermano.

Claudio gruñó como respuesta. Valentino también.

—Yo creo que sería lo mejor. No daríamos tanto el cante —añadió Dante, echándome una doble mano. Me guiñó un ojo—. Además, el piccolito sabe cuidarse bien. Seguro que está como una rosa.

Todos lo dudaron y lo dejaron claro con sus gestos, incluida yo. Asentí con convencimiento, calculando el tiempo que me llevaría llegar hasta el despacho de Claudio padre. Los nervios resurgieron con más fuerza al saber que me lo encontraría allí. Él había sido como el padre que nunca tuve hasta que nos alejamos. Y no había tenido la oportunidad de hablar con él ni con Antonella ni una sola vez.

—Está bien. Nos veremos allí —añadí al viento, porque se habían afanado en subirse a los coches con urgencia.

Antes de que pudiera dar un paso, Dante se metió en uno con Valentino, Claudio y Piero, y el gemelo zumbado de aquellos ocho hermanos me dijo, dando unas palmaditas en el techo:

—No te preocupes, puedes ir con Enzo.

Una encerrona.

Eso era lo que nos habían hecho. Una jodida encerrona.

Tragué saliva cuando vi la deslumbrante sonrisa del gemelo de Tiziano. También escuché cómo Enzo bufaba sonoramente para que me enterara. Me giré con lentitud, sin querer incordiar más de lo que ya lo había hecho, y lo miré. Él también lo hacía, y por Dios que no podía ser más atractivo con esa mirada que te perdonaba la vida.

—Iré andando. No está lejos —lo informé para su tranquilidad. No dejó de mirarme.

El otro vehículo se marchó quemando ruedas, dejándonos allí con nuestra batalla de miradas y con los bomberos y la policía intentando aún controlar el incendio del Vietato. Me giré, presa de la desazón que sentía en el pecho por la inquisidora mirada de Enzo, y comencé a caminar. Oí la puerta del coche; imaginé que para entrar él. Acto seguido, fue su voz lo que me detuvo:

—Sube al coche, Mia.

«Se lo ha pensado». Sí, y bastante además. No iba a llevarle la contraria porque sabía que eso no surtiría efecto; no con alguien tan insistente como Enzo. Cuando me monté, lo encontré rígido al volante. No se pronunció. Arrancó e hizo como si yo no estuviese allí con él, como si no hubiera un aura de tensión alrededor en la que apenas podía respirarse.

Me vinieron a la mente sin pretenderlo sus manos acariciando mis muslos, su lengua, su boca, ahora enfurruñada, sus rudas acometidas... Me dejé caer en el asiento a plomo, con un pitido de fondo proveniente del coche que indicaba que debía ponerme el cinturón. Antes de que me ladrara como un perro rabioso, tiré de él y me dispuse a atármelo. Justo cuando llegaba a la parte de abrocharlo, me rocó con su mano.

Él tampoco se lo había puesto.

Nuestras miradas se encontraron y tuve un gesto que no controlé: apretar las piernas.

Y Enzo lo vio. Claro que lo vio. Apartó la atención de mí y se centró en la carretera, pese a que yo no podía hacerlo y sabía que estaba poniéndolo nervioso. Poseía un atractivo innegable, me ponía como una burra, ¿y qué narices le hacía? Lo peor de todo es que no me sentía mal por ello. Me fijé en su cabello corto por abajo y más largo por arriba, rubio y con destellos claros; en su mentón cuadrado y poblado por una barba incipiente que pinchaba lo justo para volverte loca; en sus facciones marcadas y en aquellos ojos verdes, bonitos y vivaces. Bajé la mirada por sus hombros tensos, sus brazos... Las manos llenas de tatuajes. Era un pecado verlo, estar con él y no tocarlo.

«Y es el hermano de tu *ya* marido», me dijo mi subconsciente, frenando a mi mente calenturienta. Sí, lo era, pero la vista también era libre y no pecábamos por pensar. Bueno, yo era una pecadora

nata, eso ya se sabía, aunque no estaba haciéndole daño a nadie por pensar que Enzo era tremendamente arrebatador.

—Lo siento, Enzo. —Ni siquiera supe por qué lo dije.

Tardó lo suyo en separar los labios, aunque mejor que no lo hubiera hecho:

—¿Qué sientes exactamente, Mia? Porque si me pongo a contar la de veces que la has cagado, me quedo sin dedos en las manos.

Yo continuaba de lado, contemplándolo. El corazón me tronó en los oídos.

—Siempre amé a Romeo —le solté como una capulla.

Me miró de sopetón y muy mal.

—Ya. Y por eso te importó bien poco que fueran a matarme en la fiesta de los Rinaldi. —Movió la cabeza afirmativamente—. Eso estuvo genial. Fíjate que no tengo ninguna secuela.

Cerré los ojos un segundo, sintiéndome mal de verdad.

—No sabía que eso ocurriría.

—No, claro que no. La cuestión es que iba a morir, no a sobrevivir como un inválido —dictaminó casi sin dejarme terminar.

—Enzo...

Volvió a interrumpirme, ahora con tono de cabreo y más alto que antes:

—Porque yo no era tu Romeo.

—Enzo, escúchame... —le pedí con calma, viendo que se alteraba e ignorando su tono de recochineo.

No consintió hacerlo:

—Pero no tuviste el mismo reparo cuando follamos —pinchó con maldad. Apreté los labios, sin querer entrar en una disputa—. ¡Ni una puta vez, Mia! —Me miró con rencor—. No tuviste reparos ni una puta vez. Y fueron bastantes, te recuerdo, por si lo has borrado de tu cabeza.

Entrelacé las manos y las apreté, acalorada porque la ira comenzó a subirme por la garganta. Solo pretendía disculparme con él, que arregláramos la situación, y al final la que saldría mal parada sería yo.

—A mí no se me olvida nada, Enzo —escupí con inquina—. Y creo que hasta donde sé, los dos éramos adultos y sabíamos quiénes éramos cada uno.

Dio un volantazo a la derecha, después un frenazo en seco, y no terminé clavada en el salpicadero porque estuve rápida para poner una mano. Se quitó el cinturón de malas maneras, se giró y me miró furibundo, a punto de echar fuego por los ojos.

—¡Pero yo no estaba enamorado de nadie! —bramó.

—¿Y eso qué mierda importa?! —me puse a su altura, imitándolo y acercándome como había hecho él—. ¡A ver si te piensas que Romeo siente una décima parte de lo que siento yo por él!

No dijo nada a mi último comentario, aunque sus ojos tomaron un matiz encolerizado. Los iris verdes estaban rodeados de vetas rojizas que acentuaban su cabreo. Se acercó un centímetro y murmuró muy despacio:

—Me has usado para llegar a él.

Lo imité, quedándome más cerca:

—Te he follado y me has follado porque me ha salido del coño.

Su mirada se fue a mis labios y después a mis ojos, y dañino sentenció:

—¿Y en qué te convierte eso, señora Sabello?

Lo sentí como un cuchillo clavado en el cuello. Claro, me había llamado hija de puta sin escrúpulos, de manera camuflada. ¿Y él? Sonreí ladina, sabiendo que iba a ser mala, que la Mia perversa, deslenguada y bruta iba a salir, y sin meditarlo un segundo le dije:

—¿Y en qué te convierte a ti, hermano Sabello?

Lo pilló, claro que lo hizo. Porque todos los Sabello habían sabido desde pequeños lo que yo había significado para su Romeo,

para mi piccolo. Y Enzo se había metido entre mis piernas sin importarle lo poco o mucho que hubiera podido sentir su hermano.

No me sentí victoriosa cuando se quedó con la mirada clavada en mí. Abrí la puerta, aguantándole el pulso en las oficinas de Claudio padre, y salí del coche para terminar dando un fuerte portazo que retumbó en la avenida.

Miré hacia arriba, hacia el edificio antiguo en el que se encontraba el que ya era mi suegro, y respiré antes de dar un paso.

Otra batalla.

Otra vez los nervios.

De nuevo, el pensamiento de Romeo, de Renato. ¿Dónde estarían?, ¿cómo estarían? Y como si no hubiera sido capaz de ser tan valiente como en el coche con Enzo, los nervios regresaron y las manos me temblaron, al igual que las piernas.

Porque iba a enfrentarme a él.

Al patriarca de la familia.

Con quien llevaba sin hablar tantísimo tiempo.

2

GOTA A GOTA

ROMEO SABELLO



Ploc. Ploc. Ploc.

Intenté abrir los ojos, pero un profundo dolor me impidió llevar la acción a cabo. Eran los párpados. Me pesaban tanto que no había valiente que los levantara. Y eso que le había echado huevos a los más de treinta latigazos que me habían desgarrado la piel de la espalda.

Al principio fueron suaves con los puñetazos en la cara.

Después llegaron las patadas en las costillas.

Más tarde los cortes en cualquier parte de mi cuerpo, tirado en el suelo para avasallarme entre cuatro mientras Lorenzo miraba.

Siguieron los grandes puntapiés en el estómago, que me indicaban una paliza certera y estar a base de puré mínimo una semana...

Entonces recordé cómo le habían tapado la boca con cinta americana a Renato cuando me sujetaron de la cadena de perro,

me tiraron al suelo de rodillas, lleno de sangre, barro y heridas, y comenzaron a fustigarme con coraje al ver que lo resistía todo. Porque mi padre me había enseñado a aguantar. A todos.

El que ya era mi cuñado gritó. Lo hizo muchísimo, pidiendo que no continuaran con aquella tortura que llevaba más de un día en danza. De hecho, ese era el segundo y ya contaba con veinte cigarrillos apagados dentro de las heridas abiertas de la espalda; suturas que no dejaban de sangrar. Y de tanto en tanto, alguien venía, me ponía una inyección y el cuerpo volvía a arderme.

Me quemaba.

Me abrasaba respirar.

Todo aquello se pasaba cuando aparecían, me molían a golpes de nuevo y me hacían algún corte de los que sangraban mucho pero de los que no te morirías. Porque sabían perfectamente dónde hacer daño para que el juego no terminara tan pronto, aunque yo estuviera a punto de desmayarme. Siendo sincero, creo que en alguna ocasión el dolor hizo ese efecto y perdí el conocimiento.

Todo eran comparativas con Adriano y Vincenzo: «Has matado a mis dos hijos, y voy a torturarte durante dos días. Tres, para resarcirme». Lo comprendía. También tenía el firme pensamiento de que podría matarme ya y ahorrar tanta pantomima. No sabía dónde estábamos; creí que en un sitio muy turístico, porque escuchaba a la gente arriba y las pisadas hacían que la tierra se moviera y me manchara más y más.

Iba a ser imposible que me encontraran. Y en cierto modo, pese a que no iba a reconocérselo a Lorenzo jamás, de lo único que me había arrepentido en mi vida criminal había sido de matar a Adriano por un ataque de celos idiota. Me había marcado en exceso porque nunca quise hacerlo, porque me dejé llevar por una rabia incontrolada.

Traté de levantar la cabeza, notando cómo la sangre se deslizaba por mi cuello hacia abajo cuando escuché que Renato me llamaba. ¿Cómo se había quitado la mordaza?

—Romeo. Eh. ¡Romeo, joder!

Nada. Me era imposible abrir mucho más de medio centímetro el ojo derecho. Lo sentía muy hinchado, dolorido. Suspiré con pesar porque el labio parecía una puta morcilla y solo recé por morirme con todos los dientes en la boca. «¿Y de qué te servirán?», me dije, y reí como un desquiciado, rasgándome la garganta.

Unos pasos se acercaron y Renato dejó de llamarme para que no se dieran cuenta de que no tenía la mordaza en la boca. Qué pestazo echaba. Mis heridas comenzaban a infectarse por la mugre del lugar, por las barbaridades que estaban haciéndome y... ¡Plas! El olor a carne quemada y un fogonazo hizo que me inclinara hacia delante por instinto.

—¿Qué tal, siciliano? ¿Te gusta cómo huele el olor de tu carne churruscada?

Sentí el aliento de uno de los rusos, el tal Lev, el cabecilla, muy pegado a mi oreja derecha; una que estaba reventada. Si no me habían perforado el tímpano de las dos, era de milagro. Me había quedado sin audición momentáneamente en una de las palizas.

Sonreí ampliamente para que me viera. Lo suyo me costó, porque al hacerlo se me agrietó el labio inferior y otra raja más se sumó a la colección. Rabioso por mi mueca, no dudó en atacarme con brusquedad. Lo siguiente que sentí fue un cuchillo clavarse en mi empeine derecho. Grité ronco, porque no podía apenas respirar.

—Ahora no te ríes tanto, ¿verdad, cabrón? —siseó con los dientes apretados.

—Que... —balbuceé, porque no podía hablar, y no por falta de ganas—. Que... te fo... llen, ruso.

Sabiendo el lado en el que estaba, giré el rostro, desfigurado, y por la rendija que veía lo miré atentamente y sonreí de nuevo.

Elevó la jeringuilla que tenía en la mano y la dejó a un centímetro de distancia de mi ojo, con el que veía.

—No puedes clavarle el fentanilo en el ojo, Lev. No le hará efecto y no es lo que queremos.

Por eso dejaba de dolerme. Por eso llegaba arriba, caía en una vorágine de sensaciones y el dolor pasaba. Si salía de allí... Si salía de allí, me moriría cuando no tuviera la droga en el organismo.

El tontaina del ruso me clavó la jeringuilla en el muslo, creí que incluso partiendo la aguja cuando el líquido entró con mala leche.

—Ahí tampoco era el sitio, Lev. Era en la vena —le dijo Lorenzo, y suspiró—. Pero, bueno, algo le hará. Puedes dejarnos solos.

El ruso se levantó. Escuché que Lorenzo arrastraba una silla para colocarla delante de mí, pues me habían dejado en la posición inicial, solo que ahora estaba curvado porque no me mantenía erguido. Ni el fentanilo conseguía paliarme un poco el dolor de la espalda.

—Quiero compartir contigo mis planes, Romeo —me informó, como si me importara algo de lo que tuviera que decirme.

No quise desperdiciar mis fuerzas con él, porque lo único que me habría salido habría sido pedirle más de aquella mierda. Sabía también que si se pasaba, me dejaría KO en la silla. Decidí no tentar a la suerte, que la situación ya estaba tensa.

—Sé que acabas de tener dos preciosas sobrinas. —No mostré nada. Valentina y Galena estarían a salvo siempre que su padre estuviera con ellas. Su padre o cualquiera de sus tíos—. Puedo decirles a mis hombres que no vayan a por ellas si te portas bien, me das la cuenta en la que ibas a transferir esos treinta millones para tu mujer y...

Reí, cortándolo. Me dolió tanto saber que Mia estaba siendo partícipe de aquello que no podría describir lo que me tembló el pecho al pensar que lo había organizado para quitarme del medio... O eso había dicho el hombre que tenía delante. El mismo

que mostraba una devoción paternal por ella inmensa. Hablaba de mi piccola como si siempre hubiera sabido que aquello ocurriría.

Y yo ya desconfiaba de Mia de por sí.

Pero eso..., hasta donde había llegado..., no tenía perdón de su Dios ni de mí.

—Entiendo por tu risa que eso es una negativa —añadió con tranquilidad, y se dio dos golpes en el muslo—. Bien. No me dejas otro remedio que terminar con esto. Tendré que felicitar a tu padre por lo perfectamente entrenado que te tiene. ¡Ah!, se me ha ocurrido algo.

No lo vi, aunque escuché cómo se levantaba, apartaba la silla y alguien entraba con algo muy grande, pesado y que se deslizaba. Lo supe por las ruedas, como si fuera una camilla. Después, el sonido de unas herramientas aflándose.

Eran sierras.

«Jesús de mi vida, mátame ya. Van a cortarme a cachos», pensé abatido aunque sin perder el humor. Porque no iba a llorar como un niño delante de Lorenzo, y mucho menos suplicar.

—Detén esta locura, Lorenzo.

Maldije a Renato por abrir la boca. Él podría haberse salvado.

La cabeza me colgó cuando empecé a sentir los primeros síntomas de la droga. Era la misma que habían estado poniéndome desde que llegué, hacía no sabía cuántas horas. Abrí un poco el ojo, cerciorándome de lo que mi sexto sentido me había chivado: sí, era una camilla, y todo lo demás, artilugios para descuartizar a una persona.

Contuve el aire cuando sentí a Lorenzo en la espalda. Y no por su presencia, sino porque portaba algo frío en las manos; algo que colocó en mis heridas y que me hizo erguirme con las pocas fuerzas que me quedaban. Por la textura que noté en la piel, se trataba de unas tenazas.

Unas tenazas que cogían la carne que me colgaba de los latigazos.

Y tiró para desgarrarme.

—¡¡Lorenzo, por Dios!! —gritó Renato, moviendo las cadenas de manera brusca al levantarse del suelo.

Pero el nombrado estaba pendiente de tirar de mi piel hasta el final, hasta crear una nueva herida que marcara mi espalda. Sentí cómo se deslizaba la carne, cómo se abría, cómo podía verme el cuerpo por dentro si quería.

Apreté los dientes, aleccionándome yo mismo: «El dolor no existe. Todo está en tu cabeza. El dolor no existe. Todo está en tu cabeza».

—Renato, no sé cómo te has quitado la mordaza, y prometo que si no me das tormento, lo dejaré estar. Pero no vuelvas a interrumpir mi obra maestra. Está costándome mucho no cortarle los dedos de las manos y los pies, ¿sabes?

Su tono macabro se me antojó delirante. Sabía que miraba mi carne desgarrándose, porque conforme soltó el trozo que había quitado, lo hizo con el siguiente. Y tenía unos cuantos sueltos.

—Mi hermana no estará de acuerdo con esto —le dijo en un último intento.

Yo me reí mentalmente. Su hermana habría estado de acuerdo en joderme la vida desde el minuto uno en el que puse un pie en la cloaca aquella.

La tenaza se deslizó hacia abajo dolorosamente y contuve el grito que subió por mi garganta.

—Eres fuerte, Romeo. Veremos a ver esas niñas que tanto adoras, tan pequeñas, tan vulnerables. ¿Crees que aguantarán como tú? —cizañó para hacerme perder los nervios.

Ploc. Ploc. Ploc.

La sangre seguía goteando en el suelo, la cabeza me daba vueltas. Tenía ganas de vomitar; de hecho, lo había hecho unas cuantas veces ya, y eso que no llevaba nada en el estómago desde el día de la boda.

La carne se abrió y un sollozo me subió por la garganta. Lo retuve antes de que saliera y, con rabia, me moví hacia delante todo lo que pude para arrancarme la piel yo solo. Si ese cabrón terminaba antes...

—¡Oh! ¿Pero qué acabo de ver? ¡Eres un masoca! —se exaltó con emoción. Llamó a alguien, y ese alguien se colocó delante de mí, sujetó mis hombros y me mantuvo en una postura recta para que no pudiera moverme. Las tenazas regresaron a mi espalda y me cagué en todos sus muertos montados a caballo—. Vamos a hacer las cosas bien, Romeo. Vamos a hacerlas bien.

Entreabrí los labios con la poca respiración que me quedaba, sintiendo que me desmayaba, que la conciencia se me apagaba y me iba a la mierda, porque ya no aguantaba más. Antes de que eso ocurriera, sí que lo escuché decir claramente:

—En unas horas vamos a dar una vuelta por Roma. —La tenaza tiró—. Te ataré con unas cuerdas al coche y te pasearé para que todo el mundo te vea. Desnudo, vulnerable, con las heridas de guerra y un gran cartel que diga quién eres. —Se pegó a mi oreja y apretó la tenaza en un gran trozo de mi espalda. Me ardía la vida—. Entonces te partirás todos los huesos que no tengas rotos. Y cuando vengamos aquí, estará esperándote esa camilla y mi trabajo favorito: el de carnicero.

De todas las muertes que podrían haberme tocado, desde luego me había llevado la palma con aquella. Esperaba que sirviera para que el resto de los Sabello tuvieran un margen de supervivencia más grande que el mío, porque menudo payaso estaba hecho. La Lombardi me la había jugado y a base de bien, por mucho que Renato estuviera arreglándolo.

—Lorenzo... —suplicó el mulato.

—¡Tapadle la boca! —se exaltó, dando un fuerte tirón de mi piel. «Joder»—. Tendré en cuenta a tu hermana para saber qué hacemos contigo cuando terminemos con este —me golpeó en la cabeza con la tenaza y se dirigió a mí—: después de dejarle a Claudio unas bolsas de basura con todas las partes del cuerpo de su hijo y una nota que diga que tienes un sobresaliente. ¿Te parece

bien, Romeo? No por nada no te he arrancado la lengua todavía. Todavía. Aúna fuerzas, que nos queda lo mejor.

Mi respiración se tornó arrítmica; ya no sabía si porque estaba muriéndome de verdad o porque estaba desmayándome finalmente.

Deseé que fuera lo primero.

Lo deseé más que nunca, porque el descuartizamiento iba a ser de órdago. Y otra cosa no, pero Lorenzo se tomaba la situación con calma y en carnicería tenía un máster, que lo sabía yo. No se había marcado ningún farol.

No supe cuándo me sumí en ese recuerdo, ni siquiera por qué mi subconsciente se fue allí.

Estaba en mi dormitorio, en Catania. Tenía doce años y me encontraba en la cama con Mia en los brazos, acurrucándola mientras lloraba desconsolada por la muerte de su madre y una situación puntual en casa. Solo había pasado una semana, pero yo ya sabía cómo sacarla de sus días malos cuando estaba así de triste.

—¿Tú crees que esto tiene algo que ver? —Elevó su brazo moreno en alto y lo dejó delante de mi cara. La miré confuso.

—¿Que seas mulata?

—Sí.

Me incorporé en la cama, acurrucándola ahora en mi pecho. La mano que tenía en su espalda no dejaba de subir y bajar en caricias sin dobles intenciones, simplemente queriéndola.

—Tu madre era africana, piccola. ¿Por qué iba tu padre a no quererte por ser mulata?

Se apartó de mi abrazo muy exaltada y me miró con aquellos profundos y grandes ojos verdes con puntitos amarillos que no cambiaban con el paso de los años.

—A Nicola no lo trata así. Y a Renato y a mí nos mira de forma distinta.

—Eso es racista. Tú padre te quiere —le aseguré para quitarle el pesar. No era la primera vez que se quejaba de los desplantes de Fabio.

—Ojalá mi padre fuera el tuyo. —Frunció el ceño.

—No digas eso, Mia —la regañé, porque no estaba bien pensar así—. Si mi padre fuera el tuyo, Cinzia no habría sido tu madre, y no habrías querido eso, ¿a que no? —Negó con la cabeza y se le llenaron los ojos de lágrimas. Tiré de su mano y la abracé de nuevo—. Pues entonces pasa la pena, pero no te arrepientas de la familia que tienes.

Deslizó una de sus piernas por encima de las mías, afianzando más ese abrazo, ese cariño que nos teníamos desde tan pequeños, y sumidos en un extenso silencio dejamos que los minutos transcurrieran: ella pasando una mano por mi pecho cubierto por el pijama de invierno y yo deslizando la mía por su espalda, enterrándola en su pelo negro revuelto y bajándola de nuevo a la tela de mi pijama que cubría su cuerpo.

Y no había nada sexual en aquellos dos niños que se querían por encima de todo, que se mimaban por encima de todo. Solo amor y la más bonita de las amistades. Solo una inocencia que no conocía límites aunque despertara algo desconocido entre los dos. Algo a lo que no podíamos ponerle nombre.

Alguien tocó a la puerta. Era la mamma.

—¿Se puede?

Puse los ojos en blanco. Por aquella época había escuchado a mis hermanos mayores, Claudio y Valentino, que con las niñas se hacían más cosas que darse arrumacos como yo con Mia. No lo comprendí, o por lo menos no se me despertó el instinto hasta esa noche. Enzo, también mayor que yo, no les hacía caso y los ignoraba porque se llevaba un año conmigo, aunque en realidad siempre supe que era un espabilado.

Mia no se movió cuando mi madre entró con una bandeja llena de pastas, chocolate caliente y unos vasos de leche. Sus ojos se fijaron en los míos. Apreté los labios, dándole a entender que estaba fatal.

Entonces, no dudó en dejar la bandeja en el escritorio, caminar hacia la cama y sentarse en el borde con cuidado, pues su enorme barriga le impedía hacer muchos movimientos.

—¿Cómo te encuentras, piccolina?

Me hacía gracia cada vez que la llamaban así. Lo hacían solo mis padres. Aquello había sido provocado por mí, porque yo la llamaba piccola.

La mulata se separó de mi pecho, miró a mi madre con los ojos anegados en lágrimas y le dijo muy bajito:

—¿Tú me dejarías vivir contigo para siempre? —Mi madre sonrió con ternura—. ¿Me dejarías que te llamara mamma también?

A mi madre se le cambió el rostro pero asintió. Hizo ese movimiento porque yo sabía que la quería como si fuera una hija más. Mia pasaba mucho tiempo en casa, casi siempre en mi habitación o jugando conmigo, cuando no estábamos con Adriano también. Era como de la familia.

—Yo seré lo que vosotros queráis que sea.

Ahí tampoco comprendí el porqué de pluralizar en esa contestación.

Mia se levantó, separándose de mí, y extendió su mano hacia la abultada barriga de mi madre.

—¿Puedo tocar a Lionetta?

—¿Qué pregunta es esa, carusa? Claro que puedes tocarla. Además, hoy está especialmente revoltosa.

Mia plantó una mano en el vientre de mi madre con una sonrisa deslumbrante. La mamma le quitó las lágrimas que le caían de los ojos, y cuando se resarcía de sentir a mi hermana, la abrazó con tanta fuerza que me sobrecogí.

—Si me dejas quedarme aquí contigo para siempre —hizo una pequeña pausa antes de añadir—: bueno, y con Renato, que no puedo olvidarlo —y se apresuró a decirle, envuelta en sus brazos—: te haré de niñera, aprenderé a cocinar, que sabes que me gusta mucho —mi ma-

dre me miró, y entonces recordé el pastel que habían hecho la semana pasada y le hice arcadas—, y haré todo lo que me pidas, te lo prometo.

La mamma rio, por motivos distintos a los que mi amiga se imaginaba. Yo me aguanté la risa e intenté no ser malo ni pensar en aquel desastroso pastel de chocolate. La separó, mesó su pelo y le dio un beso en la frente con verdadero amor.

—De momento, vais a tomaros ese chocolate caliente y vais a iros a la cama, que mañana tenéis colegio. Porque no me vais a hacer que os levante con la zapatilla, ¿verdad? —Los dos negamos muy rápido—. Perfecto. Y, después, mi piccolina, dejaremos que la vida fluya y te traiga con nosotros a esta casa.

Antonella Sabello se marchó de allí con una sonrisa en los labios. Ambos nos levantamos de un salto eufórico a por ese chocolate recién hecho, y después de bebérnoslo, nos lavamos los dientes, nos tiramos mucha agua en el cuarto de baño de mi habitación y nos reímos a carcajada limpia pese a ser muy tarde. Al día siguiente, no nos levantaríamos para ir al cole.

Fue justo en el momento de duermela en el que la oí de fondo. Me había tocado el pecho varias veces, y al ver que no le respondía me dio un pellizco.

—¡Ah! —me quejé en un susurro—. ¿Por qué me pegas?

—Es que no me oyes —se justificó—. ¿Vas a contestarme?

—¿A qué? —le pregunté, viéndola a través del reflejo de la luna que entraba por la ventana.

—¿Tú te casarías conmigo? Cuando seamos mayores, me refiero.

—Mia, ¡por los clavos de Cristo! ¡Y yo qué sé!

—¡No digas eso! Que está feo —me regañó, refiriéndose al insulto a Dios en vano—. Pero ¿tú te casarías o no? ¿Yo te gusto?

—Pues claro que me gustas. ¿Qué pregunta tan tonta es esa?

—¿Entonces?

Era insistente, sí, más que Enzo, que era el cansino de los Sabello.

Negué con la cabeza, dándola por perdida. Eché la manta sobre nosotros para taparla, la abracé de manera que quedó escondida en el hueco de mi cuello y le dije:

—Duérmete, que mañana nos ganaremos un zapatillazo por tu culpa.

No se dio por vencida: trepó por mi cara y terminó a horcajadas sobre mí.

—A ver, he escuchado de las niñas mayores en el cole una cosa. —Alcé una ceja, inocente—. Dame un beso.

—¡¿Qué?! —me exalté, sentándome en la cama y casi provocando que se cayera de culo.

—¡Romeo, dame un beso! Que no es difícil. Me lo diste cuando teníamos cuatro años.

—¡Qué asco! ¡Aquello fue una tontería de críos! —Puse cara de hastío—. ¿Para qué quieres que haga eso? ¡Nosotros no somos mayores!

—Solo dime si sientes hormigas —insistió, ignorándome por completo.

Me asusté al pensar que era en sentido literal y me miré la barriga cuando ella se señaló esa zona de su anatomía. ¿Te salían hormigas por darle un beso a alguien?

—¿Dónde...?

No me dio tiempo a más porque plantó sus esponjosos labios sobre los míos y los dejó allí, inmóviles. Permanecemos con los ojos muy abiertos; a mí por lo menos se me secaron de tan abiertos que los tenía. Y cuando noté un cosquilleo extraño en las tripas, Mia se separó e hizo como que le daban arcadas.

Yo la imité, pero por supuesto no sentí lo mismo.

Respiré de manera entrecortada cuando un tirón seco me trajo de vuelta. Me había arrancado la piel a tiras, otra vez. Una lágrima se

deslizó por mi mejilla, aunque por motivos completamente distintos a la tortura a la que Lorenzo estaba sometién dome.

Mi madre me pareció más visionaria que nunca con aquel recuerdo.

Y la odié. Odié a Mia por haberme hecho aquello.

Por tenerme al borde de la muerte.

Por no poder seguir respirando.

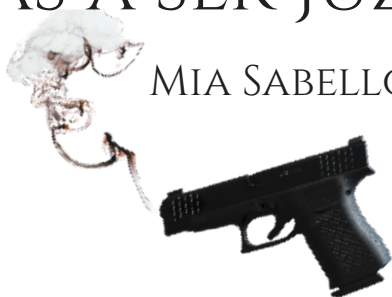
Por no aguantar más.

La odié por aparecer de nuevo en mi vida. Ahora más que nunca.

3

VAS A SER JUZGADA

MIA SABELLO



Un día y medio sin él.

No dábamos con Romeo ni vivo ni muerto. Ya les había contado todo lo ocurrido desde que salí de la basílica, posteriormente a cuando lo vi meterse en el Vietato con Dante, hasta lo de la iglesia, lo de Lorenzo y lo que sucedió después, aunque algunos ya lo sabían porque me salvaron de Nicola. La señal de Renato había dejado de ser localizable, sin poder comprenderlo, y la última vez que parpadeó había sido hacía más de dos horas, y ya habíamos barrido todo el Foro Romano y el Monte Palatino, donde se suponía que estaba ubicado. Y allí no había nada más que turistas y trabajadores que nos echaron a última hora de la noche.

Me encontraba mirando por una de las ventanas del despacho de Claudio, rendida. Él no estaba allí. Antonella tampoco. Nos habíamos encontrado con el resto de los Sabello; Tiziano a la cabeza. En

la expedición que habíamos hecho, Piero había sido el único que había accedido a venir conmigo, pues la primera persona que se separó de mí, para mi pesar y equivocación, fue Adara. Del resto... El resto no quería ni verme, excepto Dante, que pareció tener un poco de compasión. Y digo un poco porque de vez en cuando me miraba como si quisiera sacarme las tripas.

Resoplé cuando la puerta del despacho se abrió. No había consentido irme a casa pese a que Tiziano había insistido en varias ocasiones, por lo menos para quitarme la ropa mojada y cambiarla por otra. De todos, el que más desquiciado estaba era él.

Un revuelo se armó. Hablaban muy alto, se contradecían, se pisaban, se alteraban. Y en medio de toda aquella catástrofe, me giré lentamente cuando la tronadora voz de Antonella sonó por encima de los siete tíos:

—¡Callaos todos! —Su mirada se clavó en mí. La de Claudio padre también—. Piccolina... Estás aquí.

Los ojos se me llenaron de unas lágrimas que no pensaba derramar delante de nadie. Fue la manera de llamarme, el cariño que impregnó la simple palabra. Entonces, los ojos de Adara me aniquilaron de manera furibunda, y creí que había encontrado una nueva enemiga quien quizá pensaba que había llegado a esa familia para destronarla. No pretendía eso, aunque bien era cierto que los Sabello habían formado parte de mi vida desde que era una niña.

Adelanté el paso, vacilante, y llegué hasta Antonella, quien no dudó en abrir sus brazos y arroparme entre ellos como cuando era pequeña. Cerré los ojos en su cuello, aspiré ese olor floral tan característico en ella y me sentí en casa, como si el resto del mundo hubiera dejado de existir.

—An... Antonella... —titubeé, porque hacía mucho tiempo que la había llamado *mamma*, que me había dejado hacerlo.

Al separarme, sus ojos brillaban en exceso y me sonrió con cariño, al igual que tocó mi rostro con ese mimo impreso en cada roce.

—Vamos a encontrarlo. —Se lo pensó, aunque al final dijo—: Puedes llamarme como quieras. Yo sí confío en ti.

El corazón me brincó y una lágrima traicionera saltó de mis ojos. La recogí con tanta rapidez que esperaba que nadie la hubiera visto. Me equivoqué, pues todos los ojos estaban puestos en la persona que había detrás de Antonella. Me contemplaba con cautela, analizándome, viendo mi alma.

—Señor Sabello —murmuré, y agaché la cabeza con respeto. También hacía mucho que había dejado de llamarlo así. Él había sido el padre que nunca tuve.

—Mírame a la cara, Mia —me ordenó, y obedecí de inmediato, como si tuviera tres años—. Mírame a los ojos y júrame que no se han llevado a Romeo por tu culpa. Júrame que no has tenido nada que ver —me pidió. Su tono se me antojó suplicante.

Insuflándoles confianza a mis palabras, con aquella seguridad que me definía, sentencié:

—Se lo juro por mi vida. Y si es mentira, dejaré que me mate atada a ese palo del infierno.

La referencia al poste al que todos temían ocasionó alguna sonrisa, incluso en Enzo, que ya era decir. No nos habíamos dirigido la palabra ni la mirada desde que habíamos puesto un pie en el edificio. La subida en el ascensor fue más tensa que un cable de acero.

Claudio me atravesó con sus ojos; le mantuve la mirada, permitiéndole acceder a mi mente, a mi alma y a lo que quisiera. Necesitaba que confiara en mí, que lo hiciera de corazón.

—Bien —añadió por toda respuesta, cabeceando en señal afirmativa. Me dio la sensación de que todos estaban pendientes del veredicto del patriarca. De hecho, creí que algunos habían respirado aliviados, como si su palabra fuera la más absoluta verdad—. No vuelvas a hablarme de usted, piccolina.

Lo siguiente que sentí fueron sus brazos alrededor de mi cuello, un apretón que casi me asfixió y ese abrazo que durante tantos años

había necesitado: el abrazo de un padre. Noté que mi cuerpo se aflojaba, que, de nuevo, me encontraba en casa.

Aquella tensión en el ambiente se rompió cuando Tiziano bramó con ansias que había que encontrar al piccolo, que sacaran un mapa del Foro Romano y que volveríamos a barrer la zona una vez más. Me separé de Claudio padre con media sonrisa que él imitó. Su gesto cambió de inmediato y habló con voz firme:

—Si el localizador se ha apagado ahí, tiene que estar allí. En una zona fantasma, en un sitio que todos desconozcan.

—No podemos seguir dando palos de ciego, papá —añadió Piero.

—El tiempo se nos agota, y si todo lo que nos ha contado esa —Valentino cabeceó en dirección a mí— es verdad...

—Se llama Mia —lo cortó su padre con hosquedad. Valentino gruñó.

—Lorenzo es un carnicero. Lo sabéis, ¿verdad?

La afirmación de Alessandro me tambaleó hacia atrás. Yo también lo sabía, y me daba miedo lo que hubiera podido hacerle a Romeo desde hacía un día y medio. Recé interiormente para que no lo hubiera lastimado, pese a que algo en mi interior me gritaba a voces que llegaba tarde.

Me moví hacia atrás, mirando desde la distancia el mapa del Foro Romano. Me lo conocía a la perfección y no quería interponerme entre los mandatos y soluciones de los Sabello.

Fue una hora después cuando Adara pasó por mi lado, llenó una taza de agua caliente y metió un saquito de tila.

—¿Te encuentras bien?

Para qué quise preguntar. Fue inmediato y para nada esperado. Elevó el mentón hacia el frente, soltó la taza a plomo en la mesa, volcando parte de su contenido, se hinchó como un pavo y se dio

la vuelta muy despacio. Tenía el ceño fruncido: un indicativo claro del cabreo que la acompañaba.

—No. No estoy bien. ¿Te importa? —Su tono fue tan contundente que no me lo esperaba. No la conocía, aunque no me había dado la sensación de ser así de tajante.

—Lo siento, yo solo quería...

—No quieras nada, Mia —me interrumpió. De nuevo, volví a ser el centro de atención del despacho—. Por tu culpa, Romeo ha desaparecido. —Me señaló con el dedo y con dureza en su tono—. Por tu culpa, no lo encontramos. ¡Y por tu culpa, no sabemos si sigue vivo!

Al final de su alegato se le quebró la voz, y entonces comprendí que Romeo era alguien muy importante para Adara.

Tragué saliva, sin saber qué contestarle. Sí, por mi culpa estaba en aquella situación. Si yo no hubiera aparecido en su vida, nada habría ocurrido. Mi semblante cambió. Para mi sorpresa, fue su marido el que intervino, acercándose a ella, que temblaba.

—Bambina. —Le tocó el brazo, pidiéndole permiso. Los ojos de Adara se llenaron de lágrimas que no tardó en derramar cuando se giró hacia Tiziano. Él intentó mantener la calma—. Vamos a encontrarlo.

—¿Y si es demasiado tarde?... —musitó estrangulada—. Me muero, Tiziano. Me muero como... —Se quebró, y su marido no tardó en arroparla entre sus brazos para pedirle la calma necesaria.

Otra vez me juzgaron con la mirada.

Otra vez fui el punto de mira, ahora de todos los hermanos.

Otra vez era la que solo buscaba problemas.

Busqué a Claudio padre con la mirada, quien observaba a Adara sin saber qué decir. Antonella se acercó a ella también. Eso me indicó que no era un simple cuñado, que mi piccolo era mucho más importante para Adara.

«Tú has tenido la culpa de todo, Mia», me dije, secundando las palabras de la mujer rubia. Estaba en bucle, sí, era consciente de ello, pero no podía quitarme razón ni quería.

Entrelacé las manos por delante del vientre, sintiéndome más absurda con ese azul infantil en mi ropa. Retomaron la marcha cuando me giré de cara a la ventana. Desde el reflejo del cristal pude ver la silueta de Claudio, observándome, fijo en cada uno de mis movimientos. Dudó, pero al final avanzó con pasos decididos, con las manos a ambos lados del cuerpo y con aquella forma de andar tan elegante, sensual y derrochadora que poseía.

Había empezado a llover. Las gotas, unas gruesas y grandes, desdibujaron el cuerpo del mayor de los Sabello justo cuando se detenía en el lado derecho para contemplar la oscura noche. Busqué el reloj en el reflejo también, viendo que marcaba cerca de las once.

—Estuviste trabajando en el Foro Romano cuando te marchaste de tu casa, ¿verdad?

La pregunta me pilló por sorpresa. No esperaba que Claudio hubiera investigado sobre mi vida. Pero sí, al parecer lo había hecho.

—¿Por qué sabes eso y por qué me lo preguntas?

No me contestó, sino que se llevó el tema adónde le interesaba:

—¿Podrías acercarte a esos mapas y ver si falta algo? Te encargabas del mantenimiento de las zonas reservadas para los trabajadores. Habrá partes que desconozcamos.

Asentí como respuesta a la labor encomendada por el primogénito de los Sabello. Sin embargo, su pregunta me hizo darle vueltas a la zona, un barrido mental por cada parte del Foro Romano, sin pretender dejarme ninguna en especial. Si el punto de Renato estaba indicado allí, era porque estaba allí. Adivinaba que el dispositivo habría podido dejar de funcionar si se lo habían arrancado. No quería ni pensarlo.

Me apostaba la vida a que Romeo se encontraba con él.

—He revisado cada rincón que me han permitido durante esta tarde —lo informé, aunque en mi tono hubo un deje de duda.

—Entonces, ¿a qué estás dándole vueltas?

Lo miré. En ese instante, en el que pretendía acercarme a la cueva de los lobos y la loba, unos golpes secos sonaron en la puerta del despacho y todos quitaron los seguros de las armas. A mí me habían casi obligado a soltar la pistola sobre la mesa principal del despacho cuando regresamos.

—¿Quién pollas es? —preguntó Tiziano, y la mitad de los presentes se encogió de hombros.

Valentino tuvo la intención de pasar por delante de él para abrir, pero fue Alessandro quien llegó antes y lo apartó, imaginé que por los puestos que cada uno ocupaban en la mafia. Al abrirla, el asombro fue mayúsculo.

—¡Andaaa! —Ese fue Dante desde detrás de Alessandro—. ¡Pero si ha venido la poli!

—¿Tú no estabas en México? —cuestionó el pequeño de los Sabello, sin dejar de apuntarla.

¿Era poli? Ni se me ocurrió abrir la boca para decir que la conocía. Sin embargo, sus ojos fueron los primeros en chocar con los míos y, de nuevo, las miradas acusatorias cayeron sobre mí.

—Seguimos para bingo —se burló Enzo.

Beatrice tenía las manos en alto. Tiziano asomó la cabeza; detrás, Adara.

—¿Beatrice? ¡Oh, por favor! ¡Bajad las armas! —les pidió Adara de buenas maneras a la primera. Al ver que no lo hacían y que los únicos que habían obedecido eran sus suegros y Tiziano, preguntó con mal tono—: ¿Tengo que repetirlo otra vez?

—Seré breve. Las explicaciones después, porque no tenéis tiempo. —Me miró. ¿Era poli? Entonces, ¿se había acercado a mí para algo en particular? Las dudas me asaltaron como alarmas—. Sé dónde tienen a Romeo.

—E imagino que querrás algo a cambio —le soltó Tiziano.

—¡Lo que tenéis que hacer es pegarle un puto tiro en la frente! —gruñó Valentino, y Adara lo fulminó de un vistazo porque fue a dar un paso para llegar a ella.

Su cuñada se interpuso y Tiziano —imitando a su mujer— casi lo fusiló con la mirada cuando Valentino no tuvo siquiera la intención de bajar el arma. No me metí en la conversación, en el gallinero que se formó de un momento a otro. Adelanté el paso, los dejé atrás, la miré suplicante y fui directa al grano:

—Beatrice, dime dónde está. Te daré a cambio lo que me pidas.

Sus ojos se clavaron en los míos y sonrió con cariño; no entendí si queriendo decirme que nada de lo que había sucedido el día anterior había sido malintencionado por su parte.

—Mi unidad está buscando a los terroristas que persiguen a Romeo. Un tal Lev es el cabecilla.

Asentí convencida, sin tiempo que perder y con la firmeza de saber en qué bando quería estar.

—Yo me infiltraré en mi propia familia y te lo entregaré. A él y a quien quieras, pero dime dónde está Romeo.

La tensión regresó. Esa vez no hubo juicio adelantado, sino algo distinto: tristeza, asombro, lástima quizá. No lo sabía. No me detuve a analizar la situación cuando Beatrice accedió al despacho, cabeceó en señal de saludo hacia Claudio y Antonella, miró a Valentino con suficiencia y muy mal, se plantó delante del mapa que había extendido Tiziano sobre la mesa y habló:

—Debajo de los templos hay unos subterráneos. —Dejé de escucharla porque me mareé. ¿Cómo no había caído en eso? Busqué a Claudio hijo con la mirada, quien ya me esperaba con una muestra de orgullo en el semblante, y fui alejándome de la mesa bajo la extraña atención de Beatrice y los demás—. Sé que uno de ellos tiene acceso directo para atravesar el Foro Romano por debajo. Mi unidad ha visto cómo lo metían en este de aquí.

No me demoré en alcanzar una pistola, un cuchillo de caza y una escopeta de la mesa principal. Comprobé que estaban cargadas, y para mi estupefacción, antes de que llegara a la puerta, la primera que preguntó con pánico fue Adara:

—Mia, ¿adónde vas?

—¿Piccolita? —cuestionó Dante con duda al ver mis ojos desencajados.

—A la piccola se le ha ido la pelota —pronunció Tiziano atónito.

Asentí, de nuevo convencida, y me encaminé hacia la salida, escuchando que la sala al completo comenzaba a llamarme de manera atropellada; Claudio padre más contundente que ninguno para que me detuviera. Sin embargo, yo continuaba inmersa en la figura de Claudio hijo, con los ojos brillantes y la adrenalina a mil en las venas.

—Sé dónde está, sé dónde está... —murmuré como una desquiciada, tomando la salida y agradeciéndoselo a Beatrice por lo bajo. Un «Te llamaré» escapó de mis labios antes de ponerme en marcha y correr.

Correr como no había corrido en la vida, ni siquiera cuando Nicola me perseguía.

Correr sin respirar si era necesario, porque el Foro Romano lo tenía a cinco minutos de donde estaba.

Correr porque iba a salvarlo. Porque lo encontraría.

Llegué a la calle, oyendo que me pisaban los talones, que bajaban en tropel detrás de mí. Entonces fui más ligera, porque no pondría a nadie más en peligro, no permitiría que aquella familia sufriera más por mi culpa.

Me coloqué las armas de manera estratégica para que no se me cayeran por dentro de la ropa. Me abalancé sobre un repartidor de *pizza* que se detuvo justo en la acera de enfrente, lo golpeé en la barbilla y le quité las llaves de la moto para salir derrapando de

allí. Apreté el puño a todo lo que dio y conduje como una loca por la avenida, sorteando las cuatro calles que me separaban de él.

Desde la entrada del Foro Romano no podría acceder porque estaría vigilada, pero sí podría hacerlo si me dejaba caer por la montaña, por la parte trasera del monumento a Vittorio Emanuele II, donde solían llevar a los turistas para que admiraran las vistas del Foro Romano por la noche.

—Ya voy, piccolo... —murmuré al viento, con la desesperación patente en mi voz.

No me molesté en subir los escalones que daban a la colina, sino que los atravesé con la moto como una lunática, ocasionando que los turistas que subían tuvieran que apartarse con rapidez. Bordeé la plaza, giré a la derecha y me metí en el callejón que daba a la colina. Salté de la moto sin miramientos, corrí hasta el muro y contemplé las ocho enormes columnas del templo jónico que sobrevivieron del Templo de Saturno.

No llevaba ni una sola linterna, así que recé interiormente para no matarme mientras descendía como una kamikaze por la colina y me internaba en el Foro Romano sin que ningún guardia me viera. Iba a llegar al Templo de Antonio y Faustina como fuera.

Tomé aire y me preparé para saltar, coloqué un pie sobre el muro, me impulsé y me metí por la parte trasera, en la tierra. No quise mirar abajo, aunque la mejor manera de llegar sería tirándome colina abajo, rodando y rezando para no partirme la crisma. Si seguías en línea recta, había una valla de hierro, pero justo debajo se encontraba un corte por el que habría podido saltar de llevar una cuerda.

No tenía equipo.

Estaba sola e histérica, así que me tocaba dejarme la crisma.

Clavé las uñas, los dedos y todo lo que pude en la tierra movida de la colina, pegándome mucho a la zona donde nadie me veía. El pie se me resbaló de la roca y creí que no lo contaría. Para mi suerte

y desesperación, conseguí descender unos centímetros. Todavía me quedaba un buen trecho para llegar abajo. Después tendría que correr como alma que lleva el diablo, porque había que atravesar medio Foro Romano para llegar al templo, donde había recordado que estaban los subterráneos: el templo que Antonio Pio le dedicó en el 141 d.C. a su esposa Faustina tras su fallecimiento, y que durante la Edad Media se convirtió en la Iglesia de San Lorenzo in Miranda. Qué irónica era la vida con el nombre del sitio sagrado.

Miré hacia la derecha. Si me impulsaba...

Salté. Sin pensarlo, salté. Me agarré a una valla metálica con un enorme suspiro de alivio y sin más me dejé caer colina abajo, golpeándome con las piedras en el descenso.

No pensé en el dolor que me había entrado de manera repentina en la sien, tampoco en que me había quitado sangre de la boca debido a la hostia que me había dado. Y no reparé en aquello porque encontrarlo me era más urgente que nada en el mundo. Que mi vida siguiera.

Corrí.

Mis piernas funcionaron a todo lo que dieron y más en busca del templo que conservaba la totalidad de sus diez columnas de orden corintio que sostenían el arquitrabe, donde aún se mantenía la inscripción de la dedicatoria a la emperatriz; frente a él, un conjunto de piedras bajo una techumbre, único vestigio que había sobrevivido del templo de Divo Giulio, lugar donde Julio César fue incinerado.

Llegaba ya sin respiración cuando unas linternas me frenaron.

Y no eran los Sabello.

Me escondo detrás de una de las columnas que los arqueólogos no habían podido identificar a qué pertenecían, me agazapé y observé que el que salía hacia un coche que habían introducido allí, no sabía con qué permiso, era Lorenzo; a su lado, Lev, el ruso. Moví el rostro para escuchar con claridad lo que decían:

—No sobrevivirá a esto —le dijo el ruso.

El corazón me bombeó frenético en el pecho. Hablaban de Romeo. Lorenzo se encendió un cigarro.

—Me da igual. Será suficiente y después terminaré de resarcirme.

—¿Y qué hacemos con el Lombardi?

Me llevé la mano al pecho, pensando que mis latidos serían escuchados por ellos. Estaban juntos. Menos mal que estaban juntos. Casi lloré de emoción.

—Lo soltaremos cuando llevemos las bolsas a la basura. —¿De qué bolsas hablaban?—. Debo salir diez minutos, no tardaré. Que tus hombres vigilen la entrada. Encárgate de tener el coche listo para cuando vuelva.

«Diez minutos». Me preparé, miré a la izquierda y vi una de las entradas al templo abierta. Tragué saliva, me armé de fuerza para levantarme y, cuando iba a despegar como un avión, alguien tapó mi boca. No dudé ni por un segundo en morder la mano de mi opresor, aunque no me dio tiempo a hacerlo.

—¡Shhh, shhh! ¡Loca, que estás muy loca!

Miré hacia atrás confusa, y me encontré a Tiziano, a Dante y a Claudio. Me quité la mano de Tiziano, sintiéndome atrapada por él.

—¿Me habéis seguido? —les pregunté ofuscada.

—¡Si es que no nos has dado ni tiempo! ¡Robando motos y todo! —se exaltó Dante con tono acusador.

—¿Es por allí? —inquirió Claudio en un susurro, teniendo plena confianza en mí.

No supe si me vieron o no porque me separé de Tiziano, me levanté y salí como una gacela en dirección a la entrada. Solo necesité un segundo para sacar el cuchillo de caza, sujetarlo con firmeza en la mano y pegarme a la pared que iba en línea recta hacia una sala con cuatro bifurcaciones. De una de ellas, yo sabía dónde estaba la llave.

Los contemplé. Pegado a mí, Tiziano; a continuación, Claudio, y después, Dante. El olor a humedad se coló por los orificios de mi nariz y sentí que me asfixiaba del tufo. Me llevé el antebrazo a la zona y les murmuré:

—Tenemos diez minutos para sacarlos.

Asintieron, habiendo escuchado la conversación que había tenido lugar en el exterior. No demoré mi avance, por segunda vez, conociéndome aquellos pasadizos como la palma de mi mano.

Cuando fuimos a girar a la izquierda, uno de los tipos de Lev se interpuso. Antes de que pudiera abrir la boca, le clavé el cuchillo en la garganta. Las gárgaras fueron lo único que se oyó en el silencio de la noche antes de que siguiéramos avanzando.

Ellos me observaron; los gemelos, con las cejas enarcadas por mi poco tacto y la urgencia.

Necesitaba verlo.

Tocarlo.

Sentirlo.

Saber que estaba vivo.

Continué firme, atisbando el final del pasillo. Fue mi mano alzada la que los detuvo, pues desde lejos vi claramente la silueta de un hombre en la boca de entrada; detrás de él, a alguien en una silla, maniatado y con una cadena en el cuello.

Sentí una angustia indescriptible al saber que aquel era Romeo, y quise desfallecer cuando vi que la cabeza le colgaba.

Apreté los dientes, les pedí con un movimiento de mano que esperaran a mi orden y avancé de puntillas, sorteando los charcos de lodo. Las gotas de agua sucia caían sobre mis hombros, embañándome más de lo que ya estaba.

Y llegué.

Elevé la mano desde la derecha con sigilo, la subí hasta lo alto de su cabeza y, sin esperar, la dejé caer, clavándole el cuchillo en el cráneo.

El tipo cayó desplomado.
Di un paso atrás.
La vista se me nubló.
Y creí dejar de respirar cuando lo vi.

4

TE VOY A CURAR



Adelanté un paso con premura, ignorando el estado de paralización que me había ocasionado verlo. Saqué la escopeta que llevaba debajo de la ropa, la lancé al suelo y me tiré de rodillas al barro, que se mezclaba con su propia sangre. Llevé mis manos a la desesperada a sus muslos.

—¿Romeo? —sollocé al ver el deplorable estado en el que estaba. Apreté las manos una segunda vez—. Romeo, ¿me escuchas? —Toqué su cara inflamada, llena de golpes y heridas. Parecía un monstruo—. Romeo, por favor... —El lamento fue agudo y escuché claramente cómo unos pasos se detenían a mi espalda.

Eran los de Tiziano.

Me giré para observarlo con pavor. Sus ojos... No podía describir lo que la mirada de Tiziano expresaba. Daba puro terror. Claudio

no se entretuvo en inspeccionarlo, sino que se arrodilló detrás de él y comenzó a desatarlo.

—Pero ¿qué le han hecho?... —murmuró Dante sin rastro de broma en su voz.

Miré el suelo, lleno de jeringuillas, de agua sucia, de sangre, de... Me tapé la boca de la impresión cuando comprendí que había trozos de carne. De su piel. Elevé la mirada acuosa hacia Claudio, quien se mantenía con los ojos brillantes y clavados en su espalda.

—Romeo... —lo llamé quebrada al ver que no respondía.

Sus párpados estaban completamente cerrados, muy inflamados por los golpes, y me asustó llevar una mano temblorosa a su cuello y comprobar que no respiraba. Pero lo hice. Con miedo, lo hice. Solté un jadeo agónico cuando descubrí que tenía el pulso muy débil, aunque continuaba vivo.

Algo se movió a mi derecha y no supe cómo logré sacar la pistola tan rápido y apuntar en esa dirección, pues estaba a punto de romperme, de hacerlo en muchos trozos irre recuperables. Los Sabello también sacaron las armas.

—Mia...

Justo cuando escuché a Renato hablar, el cuerpo de Romeo se fue hacia delante y apenas tuve tiempo de reacción para sujetarlo. Lo agarré por los hombros, sin querer lastimarlo más, aún atónita por la presencia de mi hermano. Me había asustado al oír la debilidad en su voz. Tiziano se aproximó con premura y me ayudó a sostener el cuerpo laxo que tenía entre las manos.

—¿Renato? —pregunté con un inaudible sollozo, tratando de contener un llanto desgarrador.

Sin embargo, pese a que me dolió porque era mi hermano, porque había dudado de él y porque estaba allí, no conseguí moverme del lado de Romeo. Mis pies parecían estar anclados al pavimento, y me dio pavor soltarlo y que se desnucara.

—Ayúdalo. No sobrevivirá... —murmuró con dolor.

Miré a mi piccolo. Mi hermano estaba dándome ese aliciente para que no me preocupara por él, pero allí había una persona que sabía muy bien cómo manejar aquellas situaciones.

—Dante, saca a Renato. Tenemos que salir de aquí.

Su tono fue oscuro, profundo y sin dilación.

Me dieron ganas de abrazarlo, de tirarme a sus brazos llenos de cortes, de manchas de sangre seca, de barro y de dolor. Deseé pedirle perdón hasta morirme, y los lamentos me ahogaron cuando Claudio lo desató del cuello y un quejido apenas audible salió de su garganta al írsele el cuerpo hacia delante otra vez.

Creí que me moriría.

—Eh, piccolo, estoy aquí —murmuró Tiziano, indicándome con un movimiento de cabeza que me colocara a su derecha—. Me cago en mis putos muertos, Romeo. Como te mueras, te reviento.

Las lágrimas saltaron de mis ojos, incontenibles. Lo había intentado por todos los medios, pero ya no podía más. La vista se me fue al suelo. ¿Qué demonios le habían estado inyectando? Un «Jum» de la garganta de Romeo me hizo mirarlo con esperanza y entreabrí los labios para coger aire.

Se oyeron pasos a lo lejos y busqué a Tiziano.

—Claudio... —lo llamó el *capu*. Dante llegó a mi lado con Renato sujetándose a él y una mano en el costado. Yo continuaba sin poder moverme, y en su mirada vi la comprensión—. Piccola, dime por dónde salimos.

No fue gracioso, no fue tajante; fue una simple frase que no definía el verdadero ánimo del *capu* de aquella mafia, y es posible que por primera vez le tuviera miedo de verdad a Tiziano. Le tenía aquel respeto por una sencilla razón: no iba a dejar títere con cabeza, y eso sí que lo había leído en sus ojos.

Claudio soltó los pies de Romeo de las cadenas y, ahora sí, el cuerpo se le fue hacia delante. Me vi en la obligación de poner todo mi empeño para no dejarme los dientes.

—Es la salida de enfrente —le dije, aguantando el peso muerto de Romeo.

Más pasos a lo lejos.

La ira bulló por mis venas y contemplé ese punto con odio.

Clavé una rodilla en el suelo, con una mano de Romeo sujeta por una de las mías, y ya me disponía a levantarlo cuando Tiziano me solicitó:

—Ahora no, piccola. A la de tres, arriba. —Miró a su hermano. De nuevo, vi ese dolor que te arrancaba el alma—. Piccolo, pon el poco empeño que te quede para ponerte de pie. Nos vamos, y tú vas a levantarte como que yo me llamo Tiziano Sabello.

Otro sonido de la garganta de Romeo igual que el anterior nos indicó que estaba ahí, que lo intentaría con las fuerzas que le quedaban. Sujeté su mano con garra y miré hacia abajo. Vi que todavía llevaba el pantalón de la boda y me tragué el nudo de la garganta.

—Uno —Claudio se colocó enfrente—, dos y tres. ¡Arriba!

Apreté los dientes y puse todo de mí para levantarlo.

Fue Claudio el que se acercó, le colocó una mano en el pecho y le preguntó:

—¿Crees que puedes andar?

Entonces me fijé en que movía un pie un centímetro y cojeaba. Eso quería decir que también tenía algo en esa zona. Sin embargo, el tío adelantó el pie izquierdo, la parte que yo tenía sujeta, dando a entender que saliéramos de allí.

—¿Y si lo cogemos a pulso? —soltó con aplomo Dante, sujetando a mi hermano también.

Contemplé a Renato con dolor. Tragué saliva y, sin darme tiempo a retener la lengua, murmuré estrangulada:

—¿Qué le han hecho?

No me contestó, pero sí miró a Tiziano, quien también esperaba esa respuesta. Claudio intercedió entre la batalla de miradas, se acercó a mí y me pidió con voz neutra:

—Abre la puerta. Hay que salir de aquí. Se acerca gente. Ya tendremos tiempo para esto.

Miré a Romeo. No quería dejarlo, por nada del mundo quería soltarlo, y mis dedos se entrelazaron con los suyos en una suave caricia que deseé que fuera infinita. Respiré agitada, cediéndole el puesto a Claudio para que lo sostuviera y sintiendo que me faltaba el aliento si no me quedaba cerca de él.

Me agaché a por la escopeta que había soltado nada más llegar y corrí, ahora en dirección a la puerta de escape que daba a otra de las zonas del Foro Romano, por la que se podía acceder a la calle directamente. Encontré la llave que la abría en el muro, escondida donde siempre, mientras le daba indicaciones a Tiziano para que avisara de dónde tenían que recogernos. Aquella entrada desembocaba en unos pasadizos que llegaban a un lateral de la zona por la que había subido con la moto. Se trataba de unas ruinas que poca gente conocía o que el Gobierno italiano había decidido mantener en secreto para que no fueran destruidas.

Extendí una mano para que se adelantasen y me quedé la última. Renato fue el primero con Dante. Le sonreí con tristeza y toqué su cara con una leve caricia, apremiándolo al mismo tiempo para que siguiera hacia delante. Dante me observó con preocupación.

Miré a los tres que quedaban. Romeo apenas podía caminar, aunque no cejaba en su empeño por marcharse de allí. Los pasos que se habían alejado momentáneamente resonaron de vuelta y el corazón se me puso en la garganta creyendo que no tendríamos tiempo para salir. No me lo pensé, pues aunque tuviera que dejarme la vida, los protegería, así que afiancé la escopeta en la mano, la cargué con agilidad y cerré cuando atravesaron la reja, guardándome esa vez la llave en el bolsillo del pantalón. Entonces me giré.

Y me mareé.

Todo me dio vueltas cuando vi la carnicería que le habían hecho en la espalda, cuando aprecié las enormes heridas abiertas que, sin

duda, dejarían aquella zona marcada de por vida. Me llevé el puño libre a la boca, ahogando un lamento devastador. Y deseé morirme con más fuerza. «Todo esto es por tu culpa», me dije otra vez.

La voz de Tiziano fue lo que me sacó de mi estado de catarsis cuando me llamó en un murmullo:

—*Andiamo, piccola.*

Solo podía estar pendiente del sonido de los pies de Romeo al arrastrarse sin energía, de los dos hermanos que lo aguantaban con ahínco y de la mirada preocupada de Dante, quien se giraba a cada segundo para comprobar si seguía respirando. Yo no podía apartar la mirada de las enormes heridas, con la escopeta sujeta y los sentidos alerta.

Estábamos dejando atrás el espacio donde lo habían torturado, viendo las luces de las farolas al final del túnel, y en silencio escuché cómo Tiziano daba las indicaciones claras para que hicieran de barrera cuando llegáramos a la calle.

De repente, un alarido. El rugido de una bestia que sabe que ha perdido a alguien importante retumbó por todos los subterráneos, indicándonos que Lorenzo había llegado.

—¡¡Encontradlo!! ¡Traedlo de vuelta, y que sea ya! ¡A todos los que lo han ayudado! —Silencio. Tiró de las cadenas que lo habían sujetado y bramó—: ¡¿Y dónde está Renato?!

Agarré la escopeta con más fuerza. Fue entonces cuando tuve que apartar el sentimiento de familiaridad que le profesaba a aquel hombre. Lo sustituí por uno vengativo que jamás creí tener con él, porque había sido muy importante en mi familia. En mi vida.

Tiziano también se detuvo a un peldaño de salir de allí.

—Eh, eh —nos llamó Claudio a los dos. Lo miramos—. Ya habrá tiempo para esto. Ahora tenemos que sacarlo de aquí, o morirá. —Esto último lo musitó y mi corazón se saltó dos latidos.

Renato puso un pie fuera con Dante, y enseguida miramos hacia arriba para ver que Alessandro y Valentino asomaban la cabeza

por el muro. Con lo que no había contado era con que la salida estaba metida en un zulo y solo se podía escapar escalando o por unas escaleras excesivamente pequeñas pegadas a un lado de la pared de tierra. Eso quería decir que igualmente había que escalar porque había unas separaciones grandes entre peldaño y peldaño.

Miré a Tiziano, desesperada. Una caída de ojos por su parte bastó para indicarme que estaba bien, que lo conseguiríamos.

—Dios mío... —fue el lamento de alguien, imaginé que de Piero, que acababa de asomarse. Lo siguiente fue un sonido de angustia, de una mujer: su madre.

—Piero, Alessandro, Adara, Antonella y yo, cerrando el círculo —ordenó Claudio padre, sin quitarle los ojos de encima a su hijo. Se habían asomado todos—. Valentino y Enzo, sacad a vuestros hermanos, a Renato y a Mia de ahí. ¡Rápido!

El patriarca cargó un rifle y se giró dispuesto a reventarle los sesos al primero al que se le ocurriera acercarse. Entonces, la voz de *la mamma* dictaminó:

—No dejéis que nadie se acerque a ellos. Na-die.

No vi el momento en el que sucedió, pero Enzo había saltado al interior, se había dejado caer por las escalerillas y no se había partido la cabeza de milagro para llegar a Romeo. Su semblante mostró la preocupación que lo atenazó. No lo ocultó cuando caminó acelerado hacia su hermano. Se llevó la mano al muslo en el que le habían quedado las secuelas, aunque al darse cuenta de que lo miraba la apartó.

—Eh, tronco —lo llamó, llegando a él para sujetar su nuca. Pegó la frente a la de su hermano, y se me llenaron los ojos de lágrimas cuando dijo—: Ni se te ocurra palmarla cabreado conmigo, porque te resucitaré a base de hostias. —Miró a Claudio con dolor.

Mi piccolo soltó un pequeño bufido en un intento de risa. Los ojos de Enzo se cruzaron con los míos de manera fugaz. Seguía enfadado. Vaticiné que la relación iba a ser complicada, contando

con que se me permitiera estar en el mismo espacio que ellos. Ni siquiera sabía qué debía o no hacer ni dónde estaba mi vida ahora que Romeo se encontraba fuera de juego.

—Vamos a sacarte de aquí —murmuró con agonía Enzo, tocándole la mejilla.

Atisbé que subían a Renato entre Valentino y Dante, lo sacaban por el muro y lograba colarse al otro lado con esfuerzo. Se llevó la mano al costado, pero eso no quitó que le pidiera un arma a Claudio padre para protegernos de un posible ataque si descubrían que nos habíamos escapado por allí.

—No podrá subir —comentó Alessandro, pendiente de ambos bandos.

—¡Haremos una puta cadena humana! —ladró Tiziano, dando pasos cortos con Claudio y Romeo hacia la escalera. Enzo se quedó frente a él, andando hacia atrás—. Tiene la espalda hecha un cristo y hay que tener cuidado por dónde lo sujetamos —los informó, y resopló.

Tragué saliva al ver que la cabeza de mi piccolo se iba hacia delante, indicándome lo débil que estaba. El aire me faltó cuando ya estaba corriendo en dirección a él, acelerada y asustada por que se desmayara en aquel momento. Me cimbrearón las piernas cuando lo escuché decir:

—No pue... —Más bien rugió, porque no podía ni hablar—. Dejad... Dejadme.

—¿Qué coño...?

No permití que Enzo terminara la pregunta. Me coloqué delante de él, sujeté su mentón con fuerza, miré hacia la reja para comprobar que no venía nadie y sentencí:

—Nadie va a dejarte aquí, cazurro. Así que, por la cuenta que te trae, espabila, que tenemos que subir.

Mi tono determinante le sacó una leve sonrisa. No me tomé a mal lo siguiente que dijo, aunque sí me escoció, porque era algo que ya sabía que sucedería:

—Trai... dora.

Miré a Tiziano. Este chasqueó la lengua; yo no aparté mi mano de su mentón. Cómo escoció. Cómo lo entendía. «Todo es tu culpa, Mia».

—Enzo, sube a mitad de las escaleras. ¿Podrás sostenerte?

—Y si no puedo, haré por poder —aseguró el nombrado, sin tiempo que perder.

—Claudio, al principio de la escalera. —Tiziano miró hacia arriba, sin dejar de mandar—. Valentino, con todas tus fuerzas. Sácalo de aquí.

Fue una súplica en toda regla.

Claudio lo dejó apoyado en mi hombro, muy cerca de la escalera, mientras Tiziano estiraba una mano para comprobar si, en el caso de caída, habría posible solución. La cabeza de Romeo se apoyó en mi hombro sin yo esperarlo, seguido de un quejido ahogado. No sabía qué le habían inyectado, pero fuera lo que fuese estaba dejando de hacer efecto, porque lo veía mucho más dolorido, menos sedado.

—Te voy a curar.

Mi promesa fue arrastrada por el aire, y mi boca tuvo un impulso que no controlé cuando deposité un tierno beso en su pelo sucio, enredado y manchado de sangre y barro. Sentí tantos deseos de fundirme con él, de abrazarlo hasta morirme, que las ganas de llorar regresaron con una fuerza arrolladora queriendo asfixiarme.

Quiso decirme algo; escuché su inconfundible aliento. Sin embargo, las palabras se le quedaron atascadas en la garganta justo cuando Tiziano regresó y rompió una tensión bonita y extraña que se había creado entre los dos mientras sentenciaba:

—Con todas tus fuerzas, piccolo, por lo que más quieras. Vamos a salir de esta. Necesito que salgamos de esta.

Me pegué a Claudio, casi fusionado con la pared de piedra.

Habían formado una cadena humana para sacar a un tío que pesaba más de cien kilos y medía cerca de los dos metros de altura. Claro, no lo veía. Y lo peor de todo era que los nervios estaban ganándome la partida y unas devastadoras ganas de vomitar me avasallaron. Comencé a hiperventilar, sabiendo que la ansiedad venía acompañada de la incertidumbre, del miedo a no poder sacarlo de allí y de quebrarme la cabeza a toda mecha para buscar una posible salida.

Un quejido brusco y agónico me sacó de mis pensamientos. Claudio había colado los brazos por debajo de las axilas de Romeo, había tirado de él y lo había pegado mucho a su cuerpo.

—Perdóname, *caruso*, lo siento muchísimo, y sé que va a doler.

No sabía qué decir, qué hacer ni cómo controlar mis nervios. Seguí las indicaciones de Tiziano cuando me pidió que me colocara frente a su pierna izquierda; él estaba en la derecha.

—¿Preparada? —Asentí, tragando saliva—. ¿Preparado? —le preguntó a Claudio, quien me imitó.

Alguien corría hacia nosotros, y lo hacía a una velocidad de vértigo. No le presté atención, pero todas mis alarmas resonaron con mucha mucha fuerza.

—¡Yaaa! —rugió Tiziano. Lo elevamos a la vez y el sollozo de dolor de Romeo me partió el alma. Las lágrimas cayeron desbocadas por mis mejillas, enturbiándome la visión.

El primer peldaño estaba subido, pues Claudio lo había impulsado de manera que ahora Enzo lo sostenía de las axilas, Claudio de la cintura y nosotros de las piernas. El siguiente en la cadena era Valentino, detrás del muro. No llegaban. Enzo solo no podía levantarlo.

—Mierda —rugió el mastodonte, sacando la mitad del cuerpo por el muro.

—No vas a poder —le aseguró Enzo, y buscó la atención del hombre que no podía apenas moverse pero al que se le notaba cada

resto de dolor en el cuerpo—. Tío, por favor, échame una mano. Ayúdame, joder, ¡ayúdame a salvarte!

El resoplido de Romeo fue épico. Para el asombro de todos, uno de los brazos de mi piccolo se alzó con demasiado esfuerzo, pidiéndole a Valentino que le diera la mano. Sus brazos se estiraron muchísimo, momento en el que Claudio padre llegó al muro y sujetó a su hijo para que tirara del otro. Aquello era una locura.

Más pisotones. Ahora lentos, comedidos, peligrosos...

Y yo sabía a quién pertenecía esa pisada.

—Vamos, vamos, ¡vaaamooos! —rugió Enzo, tirando de Romeo. Escuché cómo este último se desgañitaba de dolor al impulsarse en un definitivo intento.

Romeo apoyó la planta de los pies en las manos de Claudio, se empujó como pudo y Enzo tiró de él hacia arriba. El tío de los tatuajes sacó más el cuerpo, a punto de caerse, hasta que logró llegar a sus brazos y lo levantó. Tiziano mantenía uno de sus puños en la boca, con desesperación.

—¡Te tengo! ¡Te tengo! —se exaltó Valentino, soltando un bramido gutural por el sobreesfuerzo.

Romeo gimió exhausto.

—Venga, *bambini*, ya está. Vas a ponerte bien, te juro que vas a ponerte bien.

Pam. Pam. Pam.

Pasos.

Un pie. Después otro.

Pam. Pam. Pam.

Estaba muy cerca. Tiziano miró hacia la reja y yo a él.

—¡Sube! —lo apremié. Entrecerró los ojos, desconfiado—. Confía en mí, sube. Salva a mi hermano. Salva a Romeo.

Fue un movimiento, uno solo por el que supe que Claudio trepaba, que Enzo había saltado el muro y que estaban metiendo a Romeo en el coche. Supe también que si no impulsaba a Tiziano para que se

marchara de allí, no lo haría. Y no lo haría por su hermano, porque, en el fondo, Romeo sí que me amaba. Muy en el fondo.

Sacó la pistola. Yo ya tenía el arma apuntando a la reja.

—¿Tiziano? —La voz de Adara fue la que preguntó desde arriba.

Una bala silbó en el aire, en dirección a la mujer del *capu*. Fue ágil al apartarse, y entonces disparé sin miramientos a la reja. Eso ocasionó que la persona que había allí se escondiera, aunque durante poco tiempo.

—Bambina, ¡al coche! —le ordenó él.

—¡Lárgate! —Me observó fuera de juego, cerca de las escaleras—. ¡Que te largues, joder!

Manoteé en el aire, regresé la mano a la escopeta y disparé de nuevo cuando un destello refulgió entre la oscuridad. Tiziano gruñó, se dirigió hacia las escaleras y comenzó a subir en completo desacuerdo con dejarme allí sola.

Olfateé el aroma del dolor.

Olfateé el aroma de la victoria.

Olfateé el aroma de la obsesión.

Disparé. Una, dos, tres, cuatro, cinco veces... Disparos seguidos, hasta terminar las bolas de pólvora de la escopeta. Hasta que Tiziano llegara a la cúspide.

—Piccola... —me llamó. Tuve un segundo para mirar hacia arriba, poner un pie en el escalón y saber que iba a ser difícil pero no imposible.

Y estaba dispuesta a correr el riesgo.

Profundicé en mis pensamientos, sabiendo que en paralelo había otro túnel que desembocaba de nuevo en el espacio donde habían torturado a Romeo. Solo era cuestión de darle la vuelta. Miré de nuevo hacia arriba y le aseguré:

—Llegaré a ti. —Sus ojos brillaron del mismo modo que la cadena de oro de su cuello, tan idéntica a la de Romeo. Con el corazón en la mano, le supliqué—: Sálvale la vida, por favor.

Asintió con pesar. Le costó separarse del muro, y cuando lo hizo, la puerta de enfrente se abrió.

No me detuve a pensar en si tenían otra llave o en si lo habrían descubierto o no, porque estaba allí. Mi mayor pesadilla estaba allí, y tal vez había llegado el momento de enfrentarla.

—Hola, *hermanita*.